

MALAIKA

Algunas vivencias no distinguen edades. Nos habiten pocas o muchas primaveras, la pérdida nos abrumba por igual. Nos inquieta enfrentarnos a la cruel certeza de que, tarde o temprano, vamos a perder.

Por eso Malaika, la nueva pieza de La sonrisa del Lagarto, se presenta como un cálido alivio, un tierno refugio donde quedarse un ratito para transformar el miedo en algo mucho más reconfortante: el amor.

A lo largo de un viaje sobre el lomo de su padre, acompañamos a la princesa Malaika hacia lo que, más que un destino, es un descubrimiento: llevamos dentro un territorio de afectos que no se marchita, un mapa hecho de huellas, nombres y experiencias que siempre vivirán en nuestra memoria.

Uno de los grandes aciertos del montaje es la integración orgánica del teatro de sombras con la interpretación actoral y una marioneta que cautiva toda atención. No se trata de un recurso accesorio: es un lenguaje que amplifica lo que el cuerpo humano no podría nombrar del todo.

Las figuras proyectadas vibran, se diluyen, reaparecen, como si la propia memoria intentara reconstruirse ante nuestros ojos. Las palabras nos envuelven mientras se encuentran con la fisicidad de la marioneta en un delicado tejido entre su fragilidad y la humanidad del gesto que permite a la obra alcanzar momentos de una sensibilidad extraordinaria.

Malaika, desde el primer instante, nos invita a entrar en un territorio donde la luz y la oscuridad dialogan, construyendo una escenografía que no es mero paisaje, sino un estado emocional del que no querrás salir.